

EL BONO DE LAS PRIMARIAS EN AMÉRICA LATINA



JOHN M. CAREY
DARTMOUTH COLLEGE

Imagine una situación donde usted debe tomar una decisión. Usted es el líder de un partido político en una democracia en la cual habrá elecciones presidenciales al año siguiente. Su meta es poner en campaña al candidato más fuerte posible. Como jefe máximo del partido, la decisión de cómo elegir a ese candidato recae sobre usted. Usted puede hacer uso de su sabiduría e intuición y unilateralmente nombrar a un postulante no consensuado. Usted puede congregar a un consejo ejecutivo en una sala privada llena de humo para deliberar y salir con un nombre. Usted puede convocar a un congreso o reunión partidaria y crear una regla para la toma de decisiones que se adecue a la participación de los activistas y militantes del partido. O usted puede convocar a primarias. Si usted opta por esto último, existen otros puntos que se deben tener en consideración: ¿deberían participar solamente los militantes inscritos, o quizás también incluir a los votantes independientes? ¿O aún más, incluir a todos los votantes sin importar su afiliación política? ¿Y podría usted resistirse a la tentación de manipular la elección en favor de su postulante preferido?

Un dirigente dictatorial dentro de un partido, en país dado, en un momento dado, apartado del contexto político, difícilmente tomaría la decisión de cómo definir un candidato de una manera así de simple. Pero los partidos en la mayoría de las democracias presidencialistas —y a nivel subnacional, donde los funcionarios regionales son elegidos popularmente— deben tomar este tipo de decisión regularmente. Además, hay motivos para creer que la decisión de sostener primarias es significativa, no sólo por lo participativo de todo este proceso electoral, sino también por la fortaleza que pueden llegar a tener los candidatos seleccionados.

Tomemos como ejemplo la campaña para las elecciones presidenciales en julio de 2006, en México. Sin ninguna oposición interna a

la vista, el Partido de la Revolución Democrática (PRD) nominó al ex alcalde de la Ciudad de México, Andrés Manuel López Obrador, sin primarias durante el otoño de 2005. López Obrador tenía lo que parecía ser una insuperable ventaja sobre potenciales candidatos de partidos oponentes. El Partido Acción Nacional (PAN) del impopular Presidente saliente Vicente Fox parecía particularmente débil. Sin embargo, durante octubre y noviembre, la situación dio un vuelco. Primero, Felipe Calderón venció a Santiago Creel, el sucesor favorito del Presidente, en primarias internas del PAN. Entonces, la atención se centró en el Partido Revolucionario Institucional (PRI), que dominó la escena política mexicana por 70 años antes de la victoria presidencial de Fox el año 2000. Todo parecía listo para unas primarias entre el longevo jefe de partido Roberto Madrazo y Arturo Montiel. Pero la campaña de Montiel se desinfló, y éste retiró su candidatura poco antes de las elecciones internas, cuando se filtró a la prensa un documento que delataba corrupción durante su mandato como gobernador del Estado de México. Con el terreno repentinamente despejado de competidores viables, Madrazo ganó más del 90% de los votos en unas rudimentarias primarias del PRI contra un oponente liliputiense.

Como resultado de estos procesos de nominación, el panorama electoral mexicano cambió sustancialmente. La desconcertante victoria en las limpias y peleadas primarias del PAN, le dio a Calderón notoriedad y empuje; y éste subió inmediatamente en las encuestas, al tiempo que Madrazo y López Obrador se estancaron. Este último, por supuesto, no participó en elecciones primarias, y Madrazo tampoco logró apoyo al prevalecer en una contienda carente de legítima competencia y marcada por la difamación soterrada de su principal oponente. El impulso de Calderón después de las primarias se consolidó y en las elecciones de julio de 2006, superó a López Obrador por 36% contra 35%, con otro 22% para Madrazo.

Dado el estrecho triunfo de Calderón —ganó por menos de 240.000 votos de un universo de casi 42 millones de votos— se puede deducir que un número de factores fue determinante en el resultado. Por lo menos, la experiencia de México durante 2005-2006 sugiere que unas elecciones primarias ampliamente competitivas y democráticas pueden consolidar la credibilidad y viabilidad de un candidato, a diferencia del caso en que los candidatos son nominados en primarias «arregladas» o por otros métodos. Pero si esta es la lección aprendida en México, está en contradicción con lo que se cree convencionalmente acerca de cómo las primarias afectan la

competitividad de un candidato gracias, aunque usted no lo crea, al caso de Estados Unidos. La tapa del libro de Nelson Polsby, acerca del surgimiento de las elecciones primarias en Estados Unidos, muestra una caricatura de 1980 en la que el Tío Sam está parado al lado de la palanca de una máquina etiquetada como «Sistema de Primarias Presidenciales». En segundo plano, al otro extremo del aparato tipo Rube-Goldberg con incontables tubos, poleas, engranajes y válvulas, se ven dos yoyos subiendo y bajando. La caricatura captura fidedignamente el argumento de Polsby de que el sistema de primarias de Estados Unidos produce pésimos candidatos a la presidencia.

El presente artículo se refiere a si, principalmente, los candidatos elegidos mediante primarias son más fuertes o débiles en las elecciones generales que los candidatos escogidos por otros métodos. El asunto acapara ampliamente la atención de los expertos cada cuatro años, sin mencionar la del mundo académico. Es una preocupación aún mayor para los políticos y dogmáticos de otros países, como México, donde las primarias no son una práctica establecida, y donde la discusión de si adoptarlas o no se mantiene abierta elección tras elección.

Donde son adoptadas, las primarias son casi siempre consideradas como movimientos hacia la apertura y la democracia intrapartidaria. Aún así, a los políticos y jefes de partido les interesa ganar elecciones, y existe una creencia bastante difundida de que las primarias producen candidatos que resultan más débiles que los que se eligen por otros métodos. La idea de que las primarias generan candidatos débiles —llámese la hipótesis de la «sanción primaria»— proviene originariamente del caso de los Estados Unidos, pero la lógica que da base a esta «sanción» no necesariamente puede aplicarse en elecciones multipartidarias, lo que caracteriza a la mayor parte de Latinoamérica. Además, a lo largo de América Latina, la desconfianza generalizada hacia los partidos políticos motiva el aumento de la transparencia y la democracia intrapartidaria. Si los votantes valoran la democracia intrapartidaria y están dispuestos a recompensarla en las urnas, entonces ser elegido en primarias podría ser un «bono de las primarias» más que una sanción.

El examen de una base de datos a nivel nacional de cada país de todas las elecciones presidenciales en América Latina desde 1978, y de otro registro donde se incluyeron las elecciones parlamentarias en un ciclo de seis años en México, demuestra que los candidatos escogidos mediante primarias son más fuertes de lo que se esperaba (tomando en cuenta otros factores que afectan el éxito de un candidato)

en comparación con aquellos candidatos escogidos mediante otros métodos. Los resultados de las estadísticas insinúan un «bono de las primarias» de alrededor de 3% del voto en las elecciones generales. Los resultados son poco significativos desde el punto de vista estadístico, ya que los resultados electorales varían de acuerdo con una gran variedad de factores idiosincráticos para cada elección. Pero no existe evidencia de ninguna sanción de las primarias, como habían sugerido estudios previos, y podemos decir con un 85-90% de certeza que sí existe el bono primario.

LA HIPÓTESIS DE LA SANCIÓN PRIMARIA

Los observadores en Estados Unidos han sostenido por largo tiempo que las primarias movilizan de manera ideológica al electorado extremista, el cual, a su vez, escoge candidatos que son poco atractivos para el electorado en general (Key, 1947; Ranney, 1968; Polsby, 1983; Crotty y Jackson, 1985; McCann, 1995). Otra razón para esperar una sanción primaria es que las campañas por primarias son inherentemente divisivas, sometiendo a sus participantes —cual sea su atractivo inicial— al escrutinio público y a la posibilidad de divisiones internas al interior de sus partidos (Hacker, 1965; Stone, 1986; Kenney y Rice, 1987; Lengle, Owen y Sonner, 1995; Atkeson, 1998).

En general, la hipótesis de que las primarias son una engorrosa complicación electoral es apoyada por estudios de las elecciones en Estados Unidos y por unos cuantos estudios acerca de las primarias en América Latina. Además, ninguna de las dos hipótesis es concluyente más allá de la situación específica del ambiente electoral de Estados Unidos. Se debe considerar la razón que hace que las elecciones primarias distancien a los candidatos presidenciales, en promedio, de la masa crítica de votantes moderados. Depende de un sistema político en el que los partidos estén ubicados en lados opuestos del votante medio, de modo tal que los votantes medios en primarias estén alejados del centro de gravedad de la elección general (Brady, Han y Pope, 2005). El electorado de las primarias de un partido orientado al votante medio, en contraste, no debería alejarse del centro, ni debería esperarse que las bases activas de los partidos con competidores en sus flancos ideológicos, fuesen ideológicamente extremos. En resumen, no hay vínculo que pueda intuirse entre las primarias y las candidaturas extremas en sistemas multipartidarios. Las elecciones fuera de Estados Unidos generalmente incluyen

más de dos partidos. Más de 849 candidatos compitieron en las 101 elecciones presidenciales en Latinoamérica incluidas en una parte de esta investigación.

La mayoría de los estudios de primarias en América Latina hasta ahora, se han enfocado en su descripción, o han adoptado la hipótesis de que las primarias movilizan votantes extremistas y, por lo tanto, no producen candidatos óptimos para elecciones generales. Alcántara Sáez (2002) y Zovatto y Freidenberg (2006) dan la descripción más acuciosa de dónde se usan las primarias y cómo funcionan, pero ninguno de los dos estudios especula sobre sus efectos. Colomer (2003) evalúa cuatro elecciones, en Argentina 1999, Chile 1999-2000, México 2000 y Uruguay 1999. En los primeros tres casos, uno de los candidatos mayores fue elegido mediante primarias, mientras que sus oponentes no. En el último caso, los tres candidatos mayores fueron seleccionados mediante primarias. Colomer examina los niveles de participación en las primarias para distinguirlas de acuerdo a su inclusividad, suponiendo que procedimientos de selección más inclusivos les dan un decisivo peso a activistas más extremistas y rígidos, y, por ende, producen candidatos más débiles para elecciones generales. El bajo número de observaciones hace imposible un análisis estadístico sistemático, pero Colomer concluye que «la democracia interna puede reducir el apoyo de un partido en el electorado en general», y que las primarias seleccionan candidatos más débiles que los seleccionados por métodos menos inclusivos. En un estudio del caso de las elecciones uruguayas, Buquet y Chasquetti (2004) concuerdan en que las primarias generan candidatos presidenciales débiles, enfocándose en lo que ellos llaman la naturaleza falsa del electorado de las primarias, y basándose en una lógica similar a la de Colomer.

Muchos observadores de la política mexicana habían sugerido que la batalla por las primarias al interior del Partido Revolucionario Institucional (PRI) en 1999 siguió el guión de «primarias divisivas», exacerbando las tensiones internas entre los reformistas asociados con el entonces Presidente Ernesto Zedillo y la guardia vieja, devota de las prácticas de la maquinaria con la que el PRI dominó la política mexicana a lo largo del siglo xx. Según esta explicación, el ganador de las primarias Francisco Labastida, el favorito de Zedillo, resultó lastimado por la peleada campaña contra el por largo tiempo jefe de partido Roberto Madrazo, contribuyendo a la derrota del PRI en las elecciones generales del 2000. La historia es plausible en su ley, pero un examen académico más cuidadoso de estas elecciones suscita se-

rias dudas al respecto. Basándose en encuestas de opinión de 1999-2000, McCann (2004) no encuentra evidencia de que las primarias le hayan costado las elecciones generales a Labastida.

LA HIPÓTESIS DEL BONO PRIMARIO

Cuando los reformistas políticos defienden el uso de las elecciones primarias para nominar candidatos, la principal razón esgrimida es la de hacer el proceso de selección abierto, transparente y democrático (Latin America Data Base, 1999; Reuters, 2005). Hasta dónde llega esta verdad: las primarias pueden ser un acierto en elecciones generales más que una carga. Existen buenas razones para creer que la transparencia en las decisiones internas de partido son un acierto electoral en Latinoamérica. El cinismo contra los partidos políticos está diseminado por toda la región. Los partidos políticos están dentro de las instituciones menos confiables dentro de la encuesta de opinión Latinobarómetro, con sólo el 19% de los encuestados, en toda la región, expresando «mucha» o «sustantiva» confianza en los partidos durante la encuesta de 2004, por debajo del 28% registrado en 1997. Vale la pena notar, de todas maneras, que los tres niveles más altos de confianza en el Latinobarómetro 2004 (33% en Uruguay, 31% en República Dominicana, 30% en Panamá) fueron registrados en países en que las primarias fueron usadas por al menos uno de los partidos mayores en la elección más reciente (y en Uruguay, por todos los partidos); en cambio los niveles de confianza más bajos son encontrados en Bolivia y Ecuador, donde ningún candidato ha sido jamás seleccionado mediante primarias. Alcántara Sáez (2002) notó un patrón similar en datos de fines de los noventa, en cambio la confianza en los partidos políticos fue más alta en países que habían adoptado leyes que obligaban a las primarias. Nuestro punto central es que si los votantes valoran la apertura, transparencia y democracia intrapartidaria en la selección de candidatos presidenciales, y si las primarias favorecen dichas cualidades en mayor medida que otro procesos de selección de candidatos, entonces las primarias vendrían a ser un sello de legitimidad que es un acierto para candidatos que tengan que contender con rivales seleccionados por otros métodos.

El éxito en las primarias podría también validar las credenciales democráticas de un candidato que de todas formas habría recibido el apoyo de su partido bajo cualquier otro procedimiento. Por ejemplo, Luis Ignacio Lula da Silva fue el candidato del Partido de

los Trabajadores de Brasil (PT) en fallidos intentos presidenciales en 1989, 1994, y 1998. Lula siguió siendo el líder del partido al aproximarse las elecciones del 2002. Aún así, el PT tuvo primarias por primera vez, en las cuales Lula superó a un adversario creíble, el senador Eduardo Suplicy por un 84% a 16%. Esa impresionante muestra de apoyo, de la mano con el esfuerzo del PT por mostrar un compromiso con la democracia intrapartidaria, puede haber contribuido a la victoria de Lula en las elecciones generales de ese año.

Además de la legitimidad democrática, existen otras razones complementarias por las que se pueden producir candidatos fuertes mediante primarias. Simplemente, pueden ser más efectivas que los procesos usados por la élite para identificar candidatos con amplio apoyo popular, particularmente en aquellos que ya no están bien posicionados en las élites de las ciudades capitales. El surgimiento de Carlos Menem en las primarias de 1988 del Partido Justicialista (PJ) es un ejemplo. Como gobernador de la pequeña provincia de La Rioja, al oeste de Argentina, el relativamente conocido Menem se enfrentó al gobernador de Buenos Aires Antonio Francisco Cafiero en la carrera por ser el nominado del PJ. El extravagante y directo estilo de Menem de hacer campaña demostró ser efectivo. Su sorprendente victoria sobre Cafiero atrajo la atención generalizada de los medios por su carisma personal y astucia política, y hasta ganar las elecciones generales por 15% del voto popular (Mc Guire, 1997; Latin America Data Base, 1999).

Otra ventaja potencial de las primarias es que generan consenso —o al menos mitigan el disenso— dentro de las coaliciones de partidos que buscan apoyar a un candidato único, pero carecen de un método de selección establecido. Al dejarle la decisión sobre la selección de candidatos a los votantes, las primarias alivian a los líderes de partido y socios de la coalición en la difícil tarea de escoger a un candidato común, y pueden legitimar al candidato designado a los ojos de aquellos socios que no dieron su aprobación. En 1999, por ejemplo, un bloque de la Democracia Cristiana chilena amenazó con salirse de la Concertación (la coalición gobernante) y apoyar la candidatura del senador Andrés Zaldívar, pero se les hizo cambiar de parecer con un acuerdo para sostener elecciones primarias dentro de la coalición. Zaldívar perdió ante el socialista Ricardo Lagos, pero los demócratacristianos se quedaron, tal vez alentados por la promesa de Lagos «de ser el tercer presidente de la Concertación, no el segundo presidente socialista», y Lagos ganó las elecciones generales (Notisur, 1999). De modo similar en Argentina en 1999, la victoria

del candidato del Partido Radical, Fernando de la Rúa, sobre Graciela Fernández Mejide del FREPASO legitimó su candidatura ante los ojos de los que apoyaban a Fernández Mejide. En ambos casos, las primarias ayudaron a consumir el matrimonio del centro y la izquierda moderada detrás de candidatos en común, que prevalecieron en las elecciones generales, pero para quienes un menor apoyo unificado anterior a la primera ronda habría sido catastrófico.

En general, estos enfoques sugieren que la idea de que las primarias son aciertos electorales, de modo que los candidatos nominados mediante primarias, a pesar de hay otras tendencias, deberían ganar mayor apoyo de los votantes que aquéllos nominados por otros métodos.

ANÁLISIS DE DATOS Y ESTADÍSTICAS

Para poner a prueba la teoría del bono primario, recopilé información acerca de cada elección presidencial en América Latina, desde la más reciente transición a la democracia en cada país (o desde 1978 para aquellos países que han experimentado elecciones democráticas ininterrumpidas) hasta julio de 2007. En estos datos están incluidos 821 candidatos presidenciales a través de 101 elecciones en 18 países, como se muestra en la tabla 1. De estos, 60 candidatos de 33 partidos y coaliciones diferentes en 37 elecciones en 15 países fueron elegidos en primarias. Para los partidos políticos, las primarias no son una avenida de un solo sentido. Todos los partidos en la mayoría de los países han experimentado con primarias para después abandonar esta práctica en elecciones subsiguientes, en ocasiones, más de una vez. Sin embargo, las primarias se han vuelto cada vez más comunes en las décadas recientes, y aquellos partidos que actualmente no seleccionan sus candidatos mediante primarias, inevitablemente tendrán que decidir si hacerlo o no.

La estrategia del análisis a continuación es aislar y medir cualquier efecto independiente causado por las primarias en el desempeño de los candidatos al poder ejecutivo, midiendo la fortaleza de las bases del partido del candidato y el contexto electoral en el cual ocurrieron las elecciones; específicamente, verificando si otros factores del momento estuvieron a favor o en contra del partido del candidato. En la medida en que se pueda estimar efectivamente la fuerza inherente del partido y la fuerza del conjunto de adherentes acercándose o alejándose del partido de cada candidato, será posible calcular el efecto

Tabla 1
Uso de primarias para seleccionar candidatos presidenciales en América Latina

País	Sin primarias	Algunas primarias	Todas primarias
Argentina	1983	1989 (IU, PJ, UCR), 1995 (FREPASO, UCR), 1999 (Alianza-UCR), 2003 (UCR)	
Bolivia	1985, 1989, 1993, 1997 2002, 2005		
Brasil	1989, 1994, 1998, 2006	2002 (PT)	
Chile	1989, 2005	1993 (Concertación-PDC), 1999 (Concertación-PPD)	
Colombia	1982, 1998, 2002	1978 (PL), 1986 (PL), 1990 (PL), 1994 (PL), 2006 (PDA, PL)	
Costa Rica	1990, 1994, 2006	1978 (PUSC), 1982 (PUSC), 1986 (PLN), 1998 (PLN), 2002 (PLN, PUSC)	
República Dominicana	1978, 1990, 1994, 1996, 2004	1982 (PRD), 1986 (PRD*), 2000 (PRD)	
Ecuador	1978, 1984, 1988, 1992, 1996, 1998, 2002, 2006		
El Salvador	1984, 1989, 1994, 1999	2004 (ARENA, FMLN)	
Guatemala	1985, 1990, 1995, 1999	2003 (PAN')	
Honduras	1985, 1989, 1993, 1997	2001 (PL, PN'), 2005 (PL, PN)	
México	1994	2000 (PRI), 2006 (PAN, PRI)	
Nicaragua	1990, 2006	1996 (FMLN), 2001 (FMLN)	
Panamá	1994, 2004		1999 (AO, NN, PA)
Paraguay	1989	1993 (PC'), 1998 (PC'),	2003 (PC, MFDI, MPQ, PEN, PFA, PHP, PPL, PLRA, PUNCE)
Perú	1980, 1985, 1990, 1995 2000, 2001	2006 (UN)	
Uruguay	1984, 1994	1989 (PC)	1999 (PC, UC, NE, EP, PN), 2004 (EP, UC, PN)
Venezuela	1983, 1988, 1999, 2000, 2006	1978 (AD), 1993 (COPEI, ADI)	

* El candidato elegido vía primaria fue reemplazado por un miembro del partido diferente para la elección general. Acrónimos: AD (Acción Democrática), AO (Acción Opositora), COPEI (Comité de Organización Política Electoral Independiente), EP (Encuentro Progresivo), FREPASO (Frente del País Solidario), FMLN (Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional), FSLN (Frente Sandinista de Liberación Nacional), IU (Izquierda Unida), MPQ (Patria Querida), MFDI (Movimiento Fuerza Democrática Independiente), NE (Nuevo Espacio), NN (Nueva Nación), PA (Partido Arnulfista), PAN (Guatemala: Partido de Avanzada Nacional; México: Partido de Acción Nacional), PC (Partido Colorado), PDA (Polo Democrático Alternativo), PDC (Democracia Cristiana), PEN (Encuentro Nacional), PJ (Partido Justicialista), PFA (Partido Frente Amplio), PHP (Partido Humanista Paraguayo), PL (Partido Liberal, ambos para Colombia, Honduras), PLN (Partido de Liberación Nacional), PLRA (Partido Liberal Radical Auténtico), PN (Partido Nacional), PPD (Partido Por Democracia), PPL (Patria Libre), PRD (Partido Revolucionario Democrático, ambos para República Dominicana y Panamá), PRI (Partido Revolucionario Institucional), PT (Partido dos Trabalhadores), PU (Partido Unido), PUNCE (Unión de Ciudadanos Éticos), PUSC (Partido de Unidad Social Cristiana), UC (Unión Cívica), UCR (Unión Cívica Radical), UN (Unidad Nacional).

marginal de las primarias con un número imaginario indicando si el candidato fue elegido en primarias o no.

Cada observación en el cuadro es un candidato en una elección dada. La variable dependiente es el porcentaje de votación para el candidato (voto %) en las elecciones generales. Si hubo dos vueltas, se usará el porcentaje de la primera vuelta, ya que refleja el apoyo del votante en el campo total de oponentes, y permite incluir a todos los candidatos de elecciones generales en el análisis. Dentro de las variables independientes, la fortaleza de las bases del partido es medida por voto, el porcentaje de votación obtenido por el partido del candidato en la elección previa. Para elecciones después de periodos de gobierno autoritario, nos apoyamos en los porcentajes de votación adherente de las últimas elecciones presidenciales en el más reciente periodo democrático. Verificar el voto significa que las otras variables independientes miden los efectos de los cambios en el apoyo de los adherentes de una elección a otra.

Otras condiciones propensas a afectar la suerte electoral de un candidato, las que aquí mido estadísticamente, son:

- Partido saliente: si el partido del candidato tiene la presidencia en el presente.
- Coalición: si el candidato es apoyado por más de un partido.
- Crecimiento PIB: tasa promedio de crecimiento anual del PIB durante el periodo presidencial previo.
- Crecimiento PIB partido saliente: interacción entre variables componentes (es un interactivo de regresión).

La mayoría son evidentes. Sin embargo, las dos últimas de estas variables de control ameritan un comentario: las condiciones económicas son el factor más consistente y extendido mediante el cual un gobierno nacional es juzgado. Este análisis incluye la tasa anual promedio del crecimiento PIB (o caída) durante el término presidencial anterior, así como también si esa cifra tuvo que ver con que el candidato fuera del partido o coalición saliente: crecimiento PIB del partido saliente.

El coeficiente de la variable interactiva será positivo, si un fuerte crecimiento del PIB ayuda al partido que está en el gobierno; en cambio, un débil o nulo crecimiento perjudica electoralmente a los partidos salientes.

Finalmente, al haber calculado la fortaleza de las bases del partido y el contexto político presente, hemos estimado el efecto de los métodos de nominación usando una variable imaginaria para Primarias, con un 1 cuando el candidato es elegido por votación abierta para al menos todos los miembros inscritos a un partido político; y con un 0 si ocurre de otro modo.

En caso de heteroscedasticidad en algunas de nuestras variables independientes, se registran resultados de regresión mediante el uso de «corrección de errores estándar de White».

RESULTADOS DE LA REGRESIÓN

La tabla 2 presenta estimaciones de una regresión de mínimos cuadrados ordinarios (OLS) del porcentaje de votación de un candidato presidencial respecto a la fuerza de las bases del partido, la medición del ambiente presente, y el supuesto simple de Primarias. Naturalmente, Voto es un fuerte pronóstico de la fuerza del candidato. Cada porcentaje adicional de la votación en la elección anterior produce un esperado casi tres cuartos de punto porcentual en la elección presente. Los coeficientes en las siguientes tres variables deberían ser interpretadas en conjunto. El coeficiente negativo del Partido Saliente, por sí mismo, es una estimación de ser el candidato de un Partido Saliente que ha presidido con cero crecimiento económico.

Tabla 2
Efectos de las elecciones primarias en el porcentaje de votación presidencial.

Variables Independientes	Coficiente (Error Estándar)	P > t
Voto % _{t-1}	.73 (.05)	.00
Partido Saliente	-7.57 (2.73)	.01
Índice del PIB	.08 (.21)	.70
PIB Partido Saliente	1.17 (.46)	.01
Candidato Saliente	11.23 (3.59)	.00
Coalición	6.33 (1.18)	.00
Primarias	5.89 (2.58)	.02
Constante	2.92 (.78)	.00
Reducción con errores estándar. Variable dependiente: Voto %.		
N 674		
R ²	.63	

Por ende, el 7,6% de sanción no es sorprendente. El coeficiente de crecimiento del PIB no es significativo, como se esperaba, dado que no tenemos ninguna expectativa previa obvia con respecto a si los partidos fuera del gobierno se beneficiarían o sufrirían por causa del crecimiento económico. La variable interactiva de crecimiento PIB del Partido Saliente es positiva y altamente significativa, indicando que los candidatos de partidos salientes son recompensados por el buen desempeño económico, y castigados si el desempeño económico es malo. El efecto combinado de estas tres variables sugiere que se debería esperar que el punto de quiebre (*break-even point*) para candidatos de partidos salientes en términos de desempeño económico sea de alrededor del 5,5% del crecimiento del PIB anual durante la administración anterior. Con un crecimiento superior a esta cifra, pertenecer al partido saliente debería ser una ventaja; pero vendría en detrimento de la votación del candidato si la cifra fuese inferior.

Cuando un Presidente saliente está apto para correr por la reelección y lo hace, el esperado efecto negativo del Partido Saliente se anula y el efecto neto esperado en el porcentaje de votación es positivo en casi un 4%, aun antes de considerar cualquier otro efecto positivo del crecimiento económico. Inevitablemente hay algún tipo de efecto de selección manejando este resultado, ya que los Presidentes salientes incluidos en este estudio que optaron por la reelección (Menem en Argentina en 1995, Cardoso en Brasil en 1998, Chávez en Venezuela en 2000 y 2006, y Uribe en Colombia en 2006) todos gozaban de una popularidad considerable en ese momento. Ser apoyado por otros partidos además del propio es otra ayuda para los candidatos presidenciales. Aquellos nominados como candidatos de coalición reciben un empuje de alrededor del 6% arriba del porcentaje de votación esperado para sus partidos.

Al haber calculado estos diferentes factores, el resultado crucial es el fuerte efecto positivo en el porcentaje de votación del candidato elegido en primarias. A pesar de otras tendencias, la selección mediante primarias parece producir un bono del 6% del voto en elecciones generales, con el coeficiente de significación de 0,02. Este resultado rechaza la posibilidad de que las primarias impliquen algún tipo de sanción electoral para candidatos presidenciales en Latinoamérica, que había sido suposición imperante de la mayoría de los estudios anteriores hasta ahora, y fuertemente sugiere que, por el contrario, que la selección mediante primarias es un acierto electoral.

AMPLIANDO LA HIPÓTESIS DEL BONO PRIMARIO

¿Cuál es la mecánica del bono primario? Puede ser que el nivel de participación en elecciones primarias afecte la viabilidad de los candidatos que producen. Por ejemplo, en una elección dada, el Partido A sostiene una primaria en la cual 20% de los votantes participa. El Partido B sostiene una en la que 10% de los votantes participa. Y el partido C no sostiene primarias. Entonces tal vez el Partido A coseche un bono sustantivo. El Partido B uno más pequeño y el Partido C ninguno (o bien, el Partido C sufra la pérdida de la suma de los bonos cosechados por los Partidos A y B). Otra alternativa puede ser que los partidos sean recompensados por los votantes únicamente cuando hay primarias limpias y transparentes; en cambio, si existe evidencia creíble de que las primarias han sido fraudulentas, se anula cualquier bono. Finalmente, puede ser que el efecto de selección mediante primarias sea diferente para candidatos de partidos salientes y de partidos opositores. Por ejemplo, si los votantes evalúan al candidato del partido gobernante principalmente por el desempeño reciente del gobierno, pero evalúa a candidatos de partidos fuera del gobierno con otro criterio, incluyendo el proceso mediante el cual fueron elegidos, entonces el bono primario podría ser más pronunciado para estos antes que para el candidato del partido gobernante.

Todas estas hipótesis encuentran apoyo en los datos obtenidos hasta ahora, aunque los resultados no sean concluyentes. En un análisis estadístico, en que los coeficientes de participación en primarias, de fraude y del estimado marquen una diferencia entre los candidatos de partidos de gobierno y opositores es un signo esperado, pero las estimaciones son poco significativas, estadísticamente hablando. Además, los datos del grado de participación están únicamente disponibles para un subconjunto de primarias, y los datos con respecto al fraude son escasos por definición, de modo que es esperable una pérdida de precisión en un análisis estadístico. Dicho esto, se sugiere examinar casos específicos.

Considero la premisa de que mayor grado de participación implica un electorado en primarias que representa mejor a un mayor sector transversal de votantes, a su vez eso incrementa el potencial para seleccionar a un candidato con gran popularidad. En contraste, la poca participación podría ocasionar que el candidato elegido tenga poca aceptación, si se trata de un electorado extremista, o simplemente reflejar el descontento del votante con los mismos candidatos de las primarias. En 1990, César Gaviria ganó las primarias del

Partido Liberal en Colombia en la que participaron 5,4 millones de votantes (30% de los votantes inscritos o 16% de la población total del país.) Esta cifra es particularmente impresionante dado que la participación electoral en Colombia es lejos la más baja en Latinoamérica en promedio, con sólo el 33% de los votantes calificados yendo a las urnas en elecciones entre 1990 y 2002, comparado con un promedio del 63% a nivel regional (United Nations Development Programme 2004). Gaviria ganó la primaria de 1990 con poco menos del 60% de los votos, pero el relativamente alto nivel de convocatoria le valió el 48% de votación en la primera vuelta de las elecciones generales, 24% mejor que cualquiera de sus oponentes, ninguno de los cuales fue elegido en primarias, liquidando así cualquier necesidad de una segunda vuelta.

La experiencia en Honduras de 2000-2001 refuerza la idea de que los métodos de nominación más abiertos son un acierto electoral y también muestra los potencialmente nocivos efectos de una acusación de fraude. Rafael Pineda Ponce obtuvo la nominación del Partido Liberal en unas primarias que atrajeron un escaso tres por ciento de los votantes inscritos y que estuvo plagada de acusaciones de fraude y de compra de votos que mancharon la imagen del candidato. El candidato principal para la nominación del Partido Nacional era Ricardo Maduro, pero Pineda Ponce y otros líderes del Partido Liberal intentaron bloquear la nominación de Maduro por medios legales, señalando que este último había nacido en Panamá. Los votantes hondureños respondieron nominando al hasta entonces poco conocido político Luis Cosenza como un buen sustituto de Maduro en unas primarias del Partido Nacional que atrajeron 23% del electorado inscrito. Posteriormente, Cosenza se bajó y los líderes del partido nominaron unánimemente a Maduro para que corriera por la presidencia, tal como se había planeado originalmente. A pesar de sus complejidades, el proceso de selección del Partido Nacional fue considerado como más transparente que el del Partido Liberal (en efecto, su complejidad fue atribuida al subterfugio esgrimido por el Partido Nacional). En las elecciones generales, los votantes prefirieron a Maduro sobre Pineda Ponce, 52% contra 44% (Lijphart Election Archive, 2004).

Las primeras primarias presidenciales en El Salvador, sostenidas por el Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional (FMLN) en 2004, fueron empañadas por la preocupación por la baja participación de los votantes y la posibilidad de fraude. Medidas muy restric-

tivas limitaron la participación a 30.000 votantes en una contienda entre el antiguo líder del partido Schafik Handal y el recién llegado Oscar Ortiz. La escasa participación fue ampliamente considerada como ventajosa para Handal, quien ganó las primarias, pero fue vencido 58% contra 36% en las elecciones generales (Rehberg, 2004).

A propósito de fraude, observemos las fallidas primarias de 1985 del Partido Revolucionario Democrático (PRD) en la República Dominicana. Siguiendo una apretada contienda entre José Francisco Peña Gómez y Jacobo Majluta, y durante el recuento de votos en el Hotel Concorde en Santo Domingo, la convención del partido degeneró en violencia entre los seguidores armados de ambos candidatos. Los disparos dejaron al menos un delegado muerto y los participantes del desorden huyeron con las urnas, impidiendo que se completara el recuento de votos. Majluta fue posteriormente nombrado candidato presidencial del PRD directamente por el Presidente Jorge Blanco, pero los votantes dominicanos respondieron eligiendo presidente a Joaquín Balaguer en las elecciones de 1986. El fiasco que resultó ser la primaria del PRD evidentemente sembró la desconfianza del votante en el PRD y minó su esfuerzo por retener la presidencia (Lijphart Election Archive, 2004).

El ejemplo que más ilustra los peligros de sostener primarias viciadas es el siguiente: en noviembre 2002, el Partido de Avanzada Nacional (PAN) sostuvo las primeras primarias presidenciales en la historia de Guatemala. En una elección competitiva con un universo de votantes bastante más arriba de los 200.000, Oscar José Rafael Berger Perdomo venció al secretario general del PAN Leonel Eliseo López Rodas, y parecía listo para aceptar la nominación. Sin embargo, una maniobra posterior a las primarias del secretario López Rodas para mantener el control del PAN motivó la salida de Berger del partido en abril 2003, antes de las elecciones generales. El PAN entonces nominó a López Rodas como reemplazante, mientras que Berger corrió como independiente. Desde el punto de vista de los votantes, Berger era, efectivamente, un candidato elegido en primarias y su apoyo público llegó hasta un 34% de la votación en la primera vuelta de las elecciones generales, para luego quedarse con la victoria en la segunda vuelta. López Rodas, en cambio, sufrió de las urnas y quedó en un lejano cuarto lugar, con el 8% (Institute for Election Support, 2004).

EXPANDIENDO EL ENFOQUE EMPÍRICO: PRIMARIAS EN LAS ELECCIONES PARLAMENTARIAS MEXICANAS

En un esfuerzo por comprobar el efecto de las primarias a través de todas las fuentes independientes de información posibles, también recopilé información acerca de las elecciones parlamentarias en México, a través de un ciclo electoral a partir de 1998 hasta 2003 (el primer ciclo electoral completo de seis años en donde hubo primarias). El análisis de estas elecciones es consistente con la información a nivel nacional.

Tengo registros de los treinta estados en México de los candidatos de cada uno de los partidos más grandes —el Partido Acción Nacional (PAN), el Partido Revolucionario Institucional (PRI) y el Partido de la Revolución Democrática (PRD)— los que, juntos, ganaron un promedio del 95% del voto popular en elecciones parlamentarias. Durante este periodo, el PAN sostuvo seis primarias parlamentarias, el PRD once, y el PRI tuvo dieciocho. Al igual que en el análisis a nivel nacional de las elecciones presidenciales, deduzco el efecto de la nominación a través de primarias en el porcentaje de votación en elecciones generales de los candidatos parlamentarios, calculando la fortaleza de las bases del partido, si el partido es saliente o no, y si acaso si las tendencias electorales nacionales se alejan o se acercan del partido de un candidato dado.

Como se esperaba, lo que predice mejor la fortaleza de un candidato en un Estado dado es el desempeño de su partido en la elección previa. Los candidatos que fueron apoyados por más de un partido también cosecharon ganancias electorales. A diferencia de las elecciones presidenciales, el efecto de ser un partido saliente es positivo y otorga un beneficio del ocho por ciento en las elecciones parlamentarias en México, lo que sugiere que es menos probable que el desencanto del votante afecte a un parlamentario que a un Presidente, y que controlar la maquinaria del gobierno estatal (en México, al menos) es más redituable que controlar el gobierno nacional al construir apoyo político, o alguna combinación de éstas. La inclinación del voto hacia el partido de un candidato a nivel nacional corresponde a leves incrementos del porcentaje de voto esperado para un candidato parlamentario dado, pero las oleadas electorales en los Estados mexicanos durante el periodo que estudiamos actuaron con relativa independencia unas de otras.

El efecto estimado de las primarias en las elecciones parlamentarias de México es positivo, aunque menor que en el análisis usando

la información a nivel nacional: poco menos de un 3% del voto en la elección general, y la estimación no significa mucho, estadísticamente hablando, a nivel 0,29. Dado el reducido número de observaciones de las elecciones internas en México, y las limitaciones en términos de libertades, esta falta de significado no es particularmente sorprendente. Por encima de todo, las elecciones parlamentarias en México insinúan la existencia del bono de las primarias y constituyen otra evidencia en contra de la hipótesis de la sanción primaria.

CONCLUSIÓN: LOS CANDIDATOS ELEGIDOS EN PRIMARIAS SON MÁS FUERTES

El conocimiento convencional de los Estados Unidos y de la limitada literatura en la materia en América Latina sugiere que las primarias son una responsabilidad electoral más que un acierto. Los resultados combinados a nivel nacional de las elecciones presidenciales y las elecciones parlamentarias en México, en cambio, demuestran que los candidatos al sillón presidencial elegidos en primarias en América Latina compitieron con eficiencia contra aquellos elegidos por otros métodos. Nuestros resultados descartan la posibilidad de que las primarias sistemáticamente seleccionen candidatos débiles, y apoyan la idea de que los candidatos seleccionados mediante primarias obtienen porcentajes de votación más altos en comparación con los candidatos elegidos por otros métodos.

Al parecer, el bono primario es de alrededor del 5% del voto en elecciones generales, aunque puede haber variaciones de esta estimación. A pesar de que la disponibilidad de la información hace difícil el trabajo estadístico, la evidencia por casos apoya la idea de que una mayor participación popular en primarias pareciera contribuir a la fuerza del bono primario para candidatos de partidos opositores, y que la exposición pública de deshonestidad electoral cancela dicho bono. Sobre todo, estos resultados son consistentes con la idea de que las primarias otorgan un sello de legitimidad democrática hasta donde logren mostrarse como un proceso de selección intrapartidario inclusivo y transparente.

Tener en cuenta el bono de las primarias debería ser prioritario en donde las primarias no son un procedimiento habitual, y para políticos y líderes de partido evaluando si adoptarlas o no. En Latinoamérica, la elección directa de los jefes del Ejecutivo a nivel nacional, y cada vez más a nivel subnacional, implica que la viabili-

dad del candidato ante un electorado popular amplio es un asunto crucial. Si hubiésemos encontrado evidencia confirmando la creencia convencional de que las primarias producen candidatos débiles, la implicancia práctica para los profesionales sería entonces resistirse a las primarias a toda costa. En cambio, al parecer las primarias pueden aumentar la confianza del público y producir candidatos fuertes, lo que sugiere que las primarias son un acierto electoral.

REFERENCIAS

- ALCÁNTARA SÁEZ, Manuel. (2002). «Experimentos de democracia interna: Las primarias de partidos en América Latina». Working Paper 293, abril.
- ATKESON, Lonna Rae. (1998). «Divisive primaries and general election outcomes: Another look at presidential campaigns». *American Journal of Political Science*, 42 (1): 256-271.
- BRADY, David W., Hahrie C. HAN y Jeremy C. POPE. (2005). «Primary elections and candidate ideology: Out-of-step with the primary electorate?». Working paper.
- BUQUET, Daniel y Daniel CHASQUETTI. (2004). «Presidential candidate selection in Uruguay (1942-1999)». Paper presented at conference on Pathways to Power: Political Recruitment and Democracy in Latin America, Wake Forest University.
- COLOMER, Josep. (2003). «Las elecciones primarias presidenciales en América Latina y sus consecuencias políticas». En Marcelo Cavarozzi y Juan Manuel Abal (editores), *Los partidos latinoamericanos en la era neoliberal*. Buenos Aires: Altamira/Konrad Adenauer.
- CROTTY, William y John S. JACKSON III. (1985). *Presidential primaries and nominations*. Washington: Congressional Quarterly Press.
- HACKER, Andrew. (1965). «Does a 'divisive' primary arm a candidate's election chances?». *American Political Science Review*, 59 (1): 105-110.
- HAWKINS, Kirk y Daniel NIELSON. (2003). «Centralized party adaptation and economic reform in Latin America». Working paper.
- INSTITUTE FOR ELECTION SUPPORT (IFES). (2004). «Ace Project Election Guide». Disponible en <http://www.ifes.org/eguide/resultsum/guatemala_preso3.htm>.
- LATIN AMERICA DATA BASE. (2005). «Organization of American States: Saving Nicaragua from itself since 1979». *Noticen: Central American & Caribbean Political & Economic Affairs*, 10 (22).

- KENNEY, Patrick J. y Tom W. RICE. (1987). «The relationship between divisive primaries and general election outcomes». *American Journal of Political Science*, 31 (1): 31-44.
- LATIN AMERICA DATA BASE. (1999). «Argentina: Governing party gears up for presidential primary». *Notisur: Latin American Affairs*, 9(7), february 19.
- LATINOBARÓMETRO. (2004). *Informe de prensa, 2004*. Disponible en <<http://www.latinobarometro.org/>>.
- LENGLE, James I., Diana OWEN y Molly SONNER. (1995). «Divisive nominating mechanisms and Democratic party electoral prospects». *Journal of Politics*, 57 (2): 370-383.
- LIJPHART ELECTION ARCHIVE. (2004). «Dominican Republic: Elections and events, 1970-1989». Disponible en <<http://dodgson.ucsd.edu/las>>.
- MCCANN, James A. (1995). «Nomination politics and ideological polarization: Assessing the attitudinal effects of campaign involvement». *Journal of Politics*, 57 (1): 101-120.
- . (2004). «The emerging international trend toward open presidential primaries: The American presidential nomination process in comparative perspective». En William G. Mayer (editor), *The making of the presidential candidates* (pp. 265-294). Nueva York: Rowman & Littlefield Publishers.
- MCGUIRE, James. (1997). *Peronism without Peron: Unions, parties, and democracy in Argentina*. Stanford: Stanford University Press.
- MEINKE, Scott R., Jeffrey K. STATON y Steven T. WUHS. (2006). «State delegate selection rules for presidential nominations, 1972-2000». *Journal of Politics*, 68 (1): 180-193.
- NOTISUR. (1999). «Chile: Socialist Ricardo Lagos is Concertacion Candidate for President». *Latin American Political Affairs*, 9 (22), june 11.
- KEY, V. O. (1947). *Politics, parties and pressure groups*. Nueva York: Thomas Y. Crowell Company.
- POLSBY, Nelson W. (1983). *Consequences of party reform*. Nueva York: Oxford University Press.
- RANNEY, Austin. (1968). «Representativeness of primary electorates». *Midwest Journal of Political Science*, 12: 224-238.
- REHBERG, Wes. (2004). «ARENA's Saca defeats FMNL's Handal for Salvador presidency. Election observers see fairly transparent vote but dirty campaign». Nonviolent Ways Project: Nonviolent networking for peace with justice. Disponible en <<http://www.nonviolent-ways.org/elsal-032004.html>>.

- REUTERS. (2005). «Mexico's PRI opens presidential primary to all». Reuters.com, July 12.
- SHEPSLE, Kenneth A. (1991). *Models of multiparty electoral competition*. Nueva York: Harwood Academic Publishers.
- SMITH, Peter H. (2005). *Democracy in Latin America: Political change in comparative perspective*. Nueva York: Oxford University Press.
- STONE, Walter J. (1986). «The carryover effect in presidential elections». *American Political Science Review*, 80 (1): 271-280.
- UNITED NATIONS DEVELOPMENT PROGRAMME. (2005). *Democracy in Latin America: Towards a Citizens' Democracy*. Nueva York: UNDP.
- VILLEGAS ANTILLÓN, Rafael. (2004). «Personal communication with former Chief of Costa Rican». Tribunal Supremo Electoral.
- ZOVATTO G., Daniel y Flavia FREIDENBERG. (2006). «Democratización interna y financiamiento de los partidos políticos». En J. Mark Payne, Daniel Zovatto G. y Mercedes Mateo Díaz (editores), *La política importa. Democracia y desarrollo en América Latina* (pp. 197-240). Washington: Banco Interamericano de Desarrollo y el Instituto Internacional para la Democracia y Asistencia Electoral.,